

MIRAR NO ES COMO VER
ENSAYOS CRÍTICOS
SOBRE LA OBRA DE EFRÉN HERNÁNDEZ



FONDO EDITORIAL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DRA. MARGARITA TERESA DE JESÚS GARCÍA GASCA
RECTORA

LIC. VERÓNICA NÚÑEZ PERUSQUÍA
SECRETARIA DE LA RECTORÍA

DR. AURELIO DOMÍNGUEZ GONZÁLEZ
SECRETARIO ACADÉMICO

DRA. TERESA GARCÍA BESNÉ
SECRETARIA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

DIANA RODRÍGUEZ
FONDO EDITORIAL UNIVERSITARIO
COORDINADORA

FEDERICO DE LA VEGA
EDITOR

Primera edición: 2018

D.R. © 2018 De los autores
D.R. © 2018 Universidad Autónoma de Querétaro
Cerro de las Campanas s/n
Centro Universitario, 76010
Santiago de Querétaro, México

ISBN: 978-607-513-356-0
ISBN de la colección: 978-607-513-260-0

MIRAR NO ES COMO VER
ENSAYOS CRÍTICOS
SOBRE LA OBRA DE EFRÉN HERNÁNDEZ

JUAN M. BERDEJA
JULIÁN OSORNO
[coordinadores]

CONSEJO EDITORIAL
COLECCIÓN ESTUDIOS LITERARIOS

DRA. CARMEN DOLORES CARRILLO JUÁREZ
DRA. CECILIA MARÍA TERESA LÓPEZ BADANO
DRA. SILVIA RUIZ-TRESGALLO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DR. CONRADO J. ARRANZ
EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

DR. JOHAN GOTERA
NORTHWESTERN UNIVERSITY, IL, EE.UU.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	17
--------------	----

ENSAYOS CRÍTICOS

Dos veces Efrén Hernández ALEJANDRO TOLEDO	23
---	----

Un gran globo morado que llena la noche: la tradición resignificada YANNA HADATTY	43
---	----

La poesía de Efrén Hernández: visión autoscópica de la vida y la experiencia espiritual TATIANA BUBNOVA	57
---	----

Diálogos intertextuales en la cuentística de Efrén Hernández JULIÁN OSORNO	69
---	----

De la alcoba al espacio íntimo: tres cuentos de Efrén Hernández NAYELI DE LA CRUZ	87
---	----

El espacio que ocupa un hombre. Efrén Hernández y el horizonte de la Revolución Mexicana CONRADO J. ARRANZ	105
--	-----

“¿Usted gusta? Vamos a leer”: <i>El Señor de Palo</i> (1932) como proyecto literario JUAN M. BERDEJA	129
El ruiseñor enfermo: narrativa y género en los cuentos de Efrén Hernández DAVID YAGÜE	163
Naturaleza e ideal humano en la cuentística de Efrén Hernández JUAN ALBERTO BOLAÑOS	173
Informe RAFAEL LEMUS	189
Efrén Hernández a tres voces [Entrevistas] JULIÁN OSORNO	211
Trenzas [Texto inédito] EFRÉN HERNÁNDEZ	221
LOS AUTORES	229

EFRÉN HERNÁNDEZ A TRES VOCES

[ENTREVISTAS]

EFRÉN HERNÁNDEZ A TRES VOCES ¹

Tres poetas Dolores Castro², Juan Bañuelos³ y Fernando Rodríguez⁴ trazan el retrato de Efrén Hernández, uno de los escritores mexicanos poco valorados por la crítica en el pasado siglo, pese a haber sido “capaz de orientar rumbos literarios, encender palabras y pensamientos”. Debido a la brevedad y unidad de los comentarios, decidimos publicarlos sin las preguntas hechas por el autor de la entrevista. La conversación con Castro se realizó el 22 de abril de 2008, en la Ciudad de México; la de Juan Bañuelos, el 29 de mayo de 2003, en Tlaxcala; y la de Fernando Rodríguez, el 16 de abril del 2002, en la Ciudad de México. Las palabras de amistad de estos tres escritores arrojan luz sobre la vida y obra del escritor guanajuatense, acerca de sus amistades y enemistades literarias, sus gustos como lector, su relación

¹ Esta entrevista fue publicada originalmente en *Texto Crítico*, Nueva Época, año XII, número 24, enero-junio de 2009, pp. 139-145.

² Dolores Castro (Aguascalientes, 1923). Fundadora de Radio UNAM, condujo el programa “Poetas de México” en el Canal 11. Entre su obra poética se encuentran *El corazón transfigurado* (1949), *La tierra está sonando* (1959), *Cantares de vela* (1960), *Las palabras* (1990), *No es el amor el vuelo* (1995), *Tornasol* (1997), *Sonar en el silencio* (2000), *Íntimos huéspedes* (2004) y *Viento quebrado* (2011), que reúne su obra poética. Fue amiga de Rosario Castellanos y a ambas Efrén Hernández las impulsó en los inicios de su carrera como escritoras, a través de la revista *América*.

³ Juan Bañuelos (Tuxtla Gutiérrez, 1932-Ciudad de México, 2017). Formó parte del grupo de poetas denominado en torno a una publicación: *La espiga amotinada*. Entre su obra destacan: *Puertas al mundo* (1961), *Espejo humeante* (1969), *Escribo en las paredes* (1965), *No consta en actas* (1971), *Destino arbitrario* (1987), *Donde muere la lluvia* (1992), *El traje que vestí mañana* (2001) y *A paso de hierba* (2005).

⁴ Fernando Rodríguez Mendoza (Ciudad de México, 1938-2008). Autor de libros como *Doce poemas* (1961), *Equis city* (1962), *Cantos para un oficio de tinieblas* (1981), *A contratiempo* (1981), *Autobiografía de un desconocido* (1985), *Memorial de este tiempo* (1985) y *Epifanías, trenos y homenajes* (2000). Junto a Samuel Gordon realizó la recopilación y edición de “Cartas de Rosario Castellanos a Efrén Hernández”, *Literatura mexicana VII* (1), 1996, pp. 181-213.

fecunda y entrañable con Juan Rulfo, su forma de concebir la literatura y los apuros cotidianos que tenía para sobrevivir, entre otras cosas. Son, quizá, una forma de aproximarnos desde otros ojos al autor de “Tachas”, un cuento ya imprescindible de las letras mexicanas.

DOLORES CASTRO

Conocí a Efrén Hernández en la Facultad de Filosofía y Letras de Mascarones (antes de que pasara a Ciudad Universitaria, la Facultad estaba en San Cosme, en el hermoso edificio de Mascarones. Lo llamaban así porque en su fachada tenía grandes mascarones de piedra). En la azotea del edificio había unas bancas, y una tarde, mientras platicábamos Rosario Castellanos y yo, aparecieron dos personas que nos buscaban: Efrén Hernández y Marco Antonio Millán, subdirector y director de la revista *América*,⁵ respectivamente. Venían a pedirnos colaboración para el próximo número de su revista. Fue una verdadera sorpresa para nosotras, quedamos de revisar nuestra escasa creación, y que los veríamos en un café, cerca del edificio de la SEP.

Desde esa tarde en adelante nació y creció mi amistad con Efrén Hernández. Él era un hombre grande en un cuerpo pequeño y frágil. En cuanto se establecía una conversación con él brillaba el espíritu, la gracia, el ingenio. Era pobre en dinero y rico en dignidad. Era generoso con su tiempo, capaz de orientar rumbos literarios, encender palabras y pensamientos.

Emprendíamos caminatas y Efrén hablaba, escuchaba yo. O bien, como la SEP y la Escuela de Leyes estaban muy próximas, al salir de clases solía visitar a Efrén y Marco. Puedo decir que su amistad me enriqueció para siempre, tanto en la orientación literaria como en el caudal de sabiduría humana que supo generosamente compartir con sus numerosos amigos.

⁵ La publicación de la revista *América* duró treinta años, de agosto de 1940 a septiembre de 1969. Sus fundadores fueron los poetas Roberto Guzmán Araujo y Manuel Lerín, el ensayista Agustín Rodríguez Ochoa (todos miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas de México) y los jóvenes intelectuales Juan B. Climent, Carlos Sáenz de la Calzada, Tomás Ballesta, Jesús Bernárdez y Juan José Vilatela (miembros de la Juventud Socialista Española). En esos treinta años de vida, la revista dio a conocer a escritores que años más tarde serían figuras destacadas en la literatura mexicana. Véase Elvira Acuña González, “Índices de *América*. Revista Antológica”, tesis de licenciatura, México, Universidad Iberoamericana, 2000, pp. 5-10.

Efrén, una vez instalado en el DF, estudió leyes. En su cuento “Tachas” podemos advertir, sin embargo, que Efrén soñaba más de lo que cualquier estudiante de leyes puede alcanzar. Por la ubicación de los personajes en el espacio de sus cuentos adivinamos las penurias que él mismo pasó. Recuerdo que una vez dijo que no podía comer duraznos sin sufrir una alergia, pues en temporadas en que esta fruta se abarataba él sólo comía duraznos.

Como lector, Hernández acudía constantemente a los primeros filósofos griegos, a Plotino; desde luego a los poetas dramaturgos, escritores del Siglo de Oro español, y le interesaba particularmente el pensamiento de Baltasar Gracián. Pero además era un ávido lector, cuando puso una librería él estaba enterado muy a fondo de los libros que había de vender; sólo que fue a la quiebra, porque con frecuencia regalaba los libros. Me consta que amaba a los filósofos griegos. Desde luego, a Platón. Es posible que leyera a Heidegger, como lo leyeron y difundieron los del grupo Hiperión, pero no me consta. El grupo Hiperión tuvo mucha influencia a partir de los años cincuenta. Efrén conoció a Leopoldo Zea, y ahora me entero que también a Emilio Uranga, no a los demás del grupo.

Fue muy amigo, por supuesto, de Juan Rulfo. Efrén decía a menudo sobre Rulfo: “trabajábamos en un archivo, y casi no teníamos qué hacer. Rulfo escribía y rompía cuanto escribía. Un día le dije que me lo mostrara, y encontré que era bueno. Ahí empezaron nuestras conversaciones y nuestra amistad. Yo le entregué el Siglo de Oro español, él me introdujo en la lectura de Faulkner y los nuevos narradores norteamericanos”.

En relación a su actividad como escritor, Efrén era un constructor meticuloso; leía y releía lo escrito, hablaba sobre lo que estaba escribiendo, y ya fuera verso o párrafo había de ser terminado a veces muchos días después. Podría decirse que para Efrén un cuento era un árbol, su ramaje y frescura, pero también lo que representaba su sombra, y lo que el árbol sabe de la sombra, lo que calla.

En su poesía, Hernández privilegiaba el silencio. Yo creo que la poesía brota, en efecto, del silencio, y sin que me compare con Efrén, al que considero un verdadero genio, en eso sí estamos de acuerdo. No solamente el brote mismo de la poesía, sino de la estructura misma en el poema; pues mucho o poco se podrá expresar, pero siempre en lo que se calla está el complemento.

Cuando llegamos a México, por la década de los años cuarenta o cincuenta, fuimos recomendados por Octavio Novaro, poeta mexicano, y dueño de la editorial Novaro, y trabajamos juntos; él, Novaro, mucho mayor que yo (yo tenía 18 o 19 años en ese entonces, y él cerca de 50). Allí conocí a Efrén Hernández.

Efrén era, sobre todo, cuentista, pero comenzó con la poesía. Era un experto en la literatura clásica, de tal manera que, cuando yo me acerqué a él, me dijo: “¿Qué tipo de poesía escribes?”. Escribo poesía en verso libre, le dije, “¿Y qué es el verso libre?”, me preguntó. Entonces yo, con esa ignorancia supina y fatuidad que tiene uno a esa edad, le respondí: “Bueno, comienzo a escribir y donde termina el margen del cuaderno me regreso”. Se rió: “No, eso no es el verso libre, quisiera que me mostraras un soneto tuyo”. Yo no escribo sonetos, está pasado de moda, contesté. A lo que respondió: “Pues si está pasado de moda tienes que dominarlo; tráeme un soneto mañana”. Pasó un mes, dos meses, y no le entregué nada, entonces me dijo: “Te voy a enseñar cómo se escribe un soneto”. Así, con él, aprendí el arte del soneto, el arte de la lira, las cuestiones clásicas. “Solamente así vas a llegar al verso blanco y al verso libre”, me dijo.

Por él también conocí, en ese momento ilustre desconocido para mí, al maestro Juan Rulfo. Un día me dijo: “Ven, vamos a Gobernación. Te voy a presentar a un amigo que escribe cuentos, voy a recoger un cuento para la revista *América*”. Entramos a una sala grande. En un escritorio pequeño estaba el maestro Juan Rulfo, vestido de negro, y haciendo o pasando unos textos para Gobernación. Me lo presentó y le dijo: “Vengo por el cuento”, creo que era “Talpa” o “La cuesta de las comadres”,⁶ y Rulfo le dijo a Efrén: “Oye, creo que aún no está bien, no está preciso”. Entonces Hernández le contestó: “Hay que cambiar esto por esto, estos tiempos verbales”, y Rulfo aceptó.

⁶ El primer texto de Juan Rulfo publicado en la revista *América* fue “La vida no es muy seria en sus cosas”, en junio de 1945 (número 40). Rulfo, en efecto, se vio cobijado por la experiencia de Efrén Hernández y es mucho lo que a éste debemos para que los textos rulfianos se conociesen. En la presentación que Hernández hizo de “La cuesta de las comadres”, por ejemplo, se leía: “Nadie supiera de sus inéditos empeños [de Juan Rulfo], si yo no, un día, pienso que por ventura, adivinara en su traza externa algo que lo delataba; y no lo instara hasta con terquedad, primero, a que me confesase su vocación, enseguida a que me mostrara sus trabajos y, a la postre, a no seguir destruyendo. Sin mí, lo apunto con satisfacción, ‘La cuesta de las comadres’ habría ido a parar al cesto” (véase *América*, número 55, 29 de febrero de 1948, México, pp. 31-38).

El hecho es que con Efrén Hernández aprendí versificación, aprendí a conocer el cuento y conocí a Juan Rulfo. Hernández fue gran amigo de él y a mí me mostró mucha confianza.

Por otro lado, Hernández renueva la cuentística mexicana con los temas que empieza a abarcar en la prosa, tan es así que escribió mucho para la revista *América*, como ascendente para los nuevos escritores que estaban surgiendo. Hay que volver los ojos a su literatura, sus relatos tienen una gran originalidad.

FERNANDO RODRÍGUEZ

Mi primer acercamiento a Efrén Hernández fue al leer la revista *América*. A través de ella conocí sus primeras obras, me gustaron muchísimo. Tenía yo 13 o 14 años. Empezando por su narrativa, en especial “Tachas”; también me deslumbró su poesía. No tuve oportunidad de conocerlo personalmente, pero conocí algo de él a través de su hija, Valentina Hernández, con quien tengo una gran amistad. Ella me platicaba mucho de su padre y me contó cosas curiosas. Por ejemplo, los problemas que había en su casa porque su mamá era de los Ponzanelli, una serie de escultores, que se sienten nobles, con mucho dinero; y, en cambio, Efrén Hernández toda la vida anduvo casi con una mano adelante y otra atrás. Inclusive se robó a su esposa: llegó a su casa, de dos pisos, puso una escalera para acceder al balcón y ella se fue con él; estaba enamorada, pero después ya no lo aguantaba. Lo mismo que la esposa de Juan Rulfo, que ya no lo aguantaba, porque era muy común que salieran los domingos, según me ha contado Valentina, al campo. Estando a orillas de la carretera, Efrén le decía a Rulfo: “Allá arriba de este cerro se ve un árbol que da mucha sombra, se ve muy agradable, por qué no comemos allá”. Para esto, las señoras iban con las canastas de la comida y los niños. Y ellos dos, felices. Llegaban hasta el lugar indicado por Efrén. Las señoras empezaban a poner las cosas en el suelo. Entonces Rulfo veía a su alrededor y decía: “No, Efrén, mira, allá arriba de aquel cerro se ve más bonito ese lugar”. “Pues creo que tienes razón”, contestaba Hernández. Iban hacia el lugar indicado por Rulfo a pesar de los apuros que las mujeres pasaban para volver a recoger todo y cargar las cosas hacia el nuevo sitio.

Exceptuando la temporada que Efrén Hernández trabajó en la Secretaría de Educación Pública, siempre anduvo mal de dinero. Hubo momentos que se sostenía haciendo aretes con pedacitos de plástico y alambre. Siempre la pasó muy mal. Su vida fue una vida muy sencilla, muy humilde, sin grandes cosas. Fue como ese cuento suyo: “Una historia sin brillo”. Pero su literatura fue otra cosa. Ahí sí que Hernández no se permitió medianías.

Sin embargo, la obra de Hernández ha sido poco leída, poco analizada por los críticos e incluso por los propios escritores. Es un escritor casi secreto. Quizá esto se deba a que era muy tajante con sus ideas, muy firme y no transigía con capillitas literarias. Fue muy crítico, por ejemplo, de la obra de Alfonso Reyes, que en aquella época tenía mucha fuerza. Por otro lado, lo material, lo mundano, le importaba un cacahuete, y cierto aspecto religioso, cristiano, le pudo haber acarreado rechazo. Aunque pudo haber formado, si hubiera querido, un círculo de poder, porque en la revista *América*, de la Secretaría de Educación Pública, tenía mucha influencia López Bermúdez, a quien Hernández le publicó muchas veces. Pero jamás le gustaron estas capillitas.

Otra cosa más es que en su estilo usa ciertos giros que parecen provincianos, entonces algunos críticos lo consideran un autor provinciano, que no vale la pena. Yo creo, en cambio, que ese estilo, con esos giros, los fue desarrollando con toda intención hasta que llegaron a ser parte de su poética. Esos giros son las reiteraciones, las antinomias, que se encuentran tanto en su narrativa como en su poesía e, incluso, en sus ensayos. Para mí esto viene de la literatura del Siglo de Oro, particularmente de San Juan de la Cruz, a quien él admiraba muchísimo, y de Santa Teresa. En las coplas del Siglo de Oro hay estribillos que se repiten, hay reiteraciones. Hernández usa en su poesía las reiteraciones; en su narrativa, en cambio, utiliza frases más cortas. Quizá este estilo deliberadamente “provinciano” provocó que a Hernández se le minimizara.

Efrén Hernández es un gran cuentista. Con un sentido del humor que pocos tienen en la literatura mexicana. Un humor trágico, en ocasiones surrealista, aunque él no estuviera a favor del surrealismo. El final del cuento de “Santa Teresa”, por ejemplo, tiene ironía, humor; es tragicómico.

En poesía, el estilo de Hernández es sencillo pero a la vez clásico. Su poesía parece adherirse al Barroco, pero es claro. A mí me molestó una crítica donde hablaban de la primera edición de poemas de Hernández, que por cierto no registra Luis Mario Schneider en la edición de *Obras* (1965), publicada por Fábula, edición inencontrable porque sólo se editaron 25 ejemplares. El crítico dice que la poesía de Hernández es una serie de fragmentos deshilvanados, que su autor mejor se dedique a los cuentos, porque como poeta deja mucho que desear. Me parece inaudito que se diga eso, creo que este crítico no entiende la poesía de Hernández. Hay que releerlo, hay que volver a su poesía de nuevo. Hernández nunca se desliga de las formas clásicas de la poesía, claro, pero renueva esa tradición en los temas.

La escritura de Hernández apela al humor. Como la forma en que incluía poemas románticos en su prosa para reírse un poco de aquello de lo que habla. Desgraciadamente, no hizo escuela. La gente lo lee muy poco, está muy olvidado. En parte por políticas literarias que lo han dejado en la sombra, igual que a otros autores; aparte de ciertas modas, en las que la poesía ya no tiene musicalidad, rima, ritmo, nada, y eso es la moda. Yo no concibo la poesía sin esos elementos.

Por otra parte, Hernández es un escritor que escribe jugando. En “Unos cuantos tomates en una repisita” puede advertirse este espíritu lúdico. Pero desde “Tachas” se ve esto. Hernández es un autor muy profundo, directo, divertido. A mí me agarró desde la primera vez que lo leí, enraizó en mí y lo sigo admirando hasta la fecha. Quizá sea exagerado decirlo, pero con Efrén Hernández quizá pase lo que le ocurrió a Góngora, puede estar trescientos años enterrado, pero resurgirá.

La presente edición de
Mirar no es como ver.
Ensayos críticos sobre la obra de Efrén Hernández
fue maquetada por Federico de la Vega
en el Taller del Fondo Editorial de la
Universidad Autónoma de Querétaro.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Diana Rodríguez y Hugo Cervantes.
El tiro de 500 ejemplares
se imprimió en febrero del 2018
en Santiago de Querétaro, México.